

INTRODUCCIÓN

De los 109 “Cuadernos de Estrategia” que ha publicado hasta ahora el Instituto Español de Estudios Estratégicos, más de una docena han sido dedicados, directa o indirectamente, al espacio mediterráneo, ya sea en el marco de una panorámica estratégica global de la zona o al estudio más concreto del papel del Magreb o del Africa del Norte en el proceso de cooperación euromediterráneo. Ello supone que ya han sido tratados, en una perspectiva europea o española, aspectos tan elementales como el diálogo Norte-Sur, la influencia de las economías de los países mediterráneos del Norte de Africa en sus respectivas políticas de defensa, su potencialidad y debilidades, los desequilibrios militares en el Mediterráneo Occidental o también el problema del fundamentalismo. Ciertamente es que la gran mayoría de estos trabajos centran su contenido y conclusiones en el Mediterráneo Occidental, y más concretamente, en el Magreb, lo que es natural y lógico al tratarse estos temas desde una perspectiva española.

No es extraño, sin embargo, que este nuevo volumen de los “Cuadernos de Estrategia” vuelva a estar dedicado a aspectos relacionados con el Mediterráneo y España. Y no lo es, porque España es un país vinculado estrechamente por la geografía, la cultura y la historia al llamado impropia-mente “Mare Nostrum”, y digo impropia-mente porque, el Mediterráneo, escenario de múltiples conflictos, nunca desde el Imperio de Roma perteneció ni fue dominado por nadie, aunque todos lo consideremos nuestro. No es ésta, pues, la primera ni tampoco será la última vez que el I.E.E.E. dedique las páginas de sus Cuadernos a ese espacio tan próximo y tan fascinante.

EL MEDITERRÁNEO

El Mediterráneo es "un espacio frontera", dijo Ferdinand Braudel. Winston Churchill, que no era poeta, ha dicho que el Mediterráneo era "el bajo vientre de Europa". Podemos decir también, sin exagerar demasiado y de forma menos prosaica, que el Mediterráneo es el corazón del mundo, o mejor todavía, el alma de ese mundo. Un incidente armado en el Mediterráneo reviste mayor gravedad, a nivel internacional, que cualquier incidente, de la misma clase, en cualquier otra parte. Y por supuesto, como quiso decir Churchill, el Mediterráneo es una frontera vulnerable del continente europeo. El Mediterráneo ha sido siempre, en efecto, un espacio estratégico de atención prioritaria. Y ello desde los primeros milenios antes de Cristo hasta nuestros días.

El Mediterráneo es Grecia y es Roma, y es por eso la juventud de Europa y también la inteligencia de Europa. En él nacieron dos de las grandes civilizaciones que han configurado el devenir de la humanidad y el espíritu del hombre: la civilización judeo-cristiana y la civilización arabo-islámica, sin mencionar las anteriores a Cristo. El Mediterráneo es, además, cuna de las tres religiones monoteístas de nuestro tiempo: el judaísmo, el cristianismo y el islam.

El Mediterráneo no es un espacio único. Hay dos riberas netamente diferenciadas: la ribera Norte y la ribera Sur . Hay un Magreb y un Mac-kresh (Occidente y Oriente) en la ribera Sur. Y también un Mediterráneo Occidental y otro Oriental en la ribera Norte. Y luego están en el fondo Este del Mediterráneo: la Nación turca, Israel y el Oriente Próximo, cada uno con su propia personalidad. Todos estos espacios, de un mismo mar, son distintos: distintas culturas, distinta civilización, distinta religión. Y forman, además, distintos espacios estratégicos.

El Mediterráneo no es, por lo tanto, un espacio cerrado, encasillado dentro de una sola civilización, con una sociedad estructurada en la creencia de los mismos principios, con el mismo sistema de valores o la misma obediencia religiosa. Sus aguas bañan a pueblos con características y orígenes muy distintos, organizados en Estados con sistemas políticos ni siquiera parecidos y sobre la base de sistemas jurídicos y leyes muy alejados de los aceptados por la sociedad occidental. El Mediterráneo es un complejo mundo.

Si seguimos la metodología de la doctora Laura Feliú en un trabajo publicado recientemente en estos Cuadernos, hablaríamos de Subsiste-

mas Regionales. El Magreb de los Cinco más Egipto sería uno, evidentemente, ya que responde a los criterios básicos generalmente aceptados para definir un Subsistema como, por ejemplo, citando a Laura Feliú: el factor geográfico, la existencia de rasgos comunes y el desarrollo entre los países que forman el subsistema de relaciones de especial intensidad. Egipto entraría en este subsistema porque, como reconoce Laura Feliú, no es siempre fácil fijar los límites de estos agrupamientos regionales. Otro Subsistema, de acuerdo con estos parámetros, sería el que forman en la orilla Norte, España, Francia, Italia y Grecia, más Portugal. Y también el Subsistema regional de los Balcanes con los países desmembrados de la antigua Yugoslavia y otro en el Próximo Oriente; los dos con geografía, rasgos y problemáticas comunes. Tanto Turquía como Israel formarían cada uno por sí solos Subsistemas regionales propios.

El profesor Martínez Montávez nos habla de "Mediterraneidad" y de "Mediterraneismo", para significar la herencia común de todos los pueblos del Mediterráneo, herencia de las dos civilizaciones judeo-cristiana y arabo-islámica. Pero Mediterraneidad y Mediterraneismo son palabras que no están en el diccionario. Sí lo está, en cambio, "Atlantismo". Muy posiblemente porque este último es un término acuñado por la realidad que configura a un grupo de Estados con valores y objetivos comunes. Mediterraneidad o Mediterraneismo son, por el contrario, términos que se mueven en el terreno intangible del recuerdo, la herencia o el parentesco histórico y en el impalpable de actitudes ante la vida que, muy a menudo, sólo se apoyan en similitudes intrascendentes o epidérmicas. En resumen, diferentes mediterráneos o diferentes subsistemas. Lo cierto es, y vale la pena insistir, que los países asentados en sus orillas forman un espacio que se caracteriza por su diversidad y por su complejidad.

EL MEDITERRÁNEO, ÁMBITO DE CONFLICTO

El Mediterráneo, enlace entre dos Océanos: el Atlántico y el Índico a través de Suez y que se lanza hacia el mar Negro a través del Bósforo, ha sido siempre un vehículo extraordinario de propagación cultural y corredor privilegiado para los intercambios comerciales. Pero no ha sido a lo largo de su historia un mar de paz y de cooperación. Lo fue con fenicios, griegos y romanos. Los primeros se extienden y comercian por todo el Mediterráneo. También lo harán los griegos. Más tarde los romanos impondrán la "pax romana" con sus lanzas y sus espadas. El Mediterráneo conocerá entonces su momento de gran esplendor, sus mejores años, el Imperio de Roma.

Roma llevó su civilización a las dos orillas. El Mediterráneo se romanizó. Todos eramos Roma. España era Roma. Y Túnez o Libia o Jerusalén eran también Roma. Y todos eramos cristianos. Con la caída del Imperio Romano, este espacio romano-cristiano, esta "pax romana", se quiebra y será, a partir de entonces, romano-cristiano en la orilla Norte y arabo-islámico en la orilla Sur y, más tarde, a partir del siglo XVI, turco-otomano; pero siempre islámico. La verticalidad cultural se rompe con la irrupción del Islam. El Mediterráneo se escinde en un Norte cristiano y en un Sur musulmán. Y en un Occidente y en un Oriente que enfrenta a las potencias occidentales con el Imperio Otomano. Dos ejes: Norte-Sur y Este-Oeste que se desconocen o que están en conflicto.

La historia pudo ser distinta, pudo haberse escrito de forma diferente si después de la conquista de Granada los Reyes Católicos hubieran continuado la reconquista al otro lado del estrecho, en el Norte de África, y expulsado a árabes y musulmanes más allá del Nilo. Pero España mira ya hacia las nuevas tierras de América y abandona sus objetivos mediterráneos. España deja de ser una potencia mediterránea y se convierte en una potencia atlántica. La epopeya será atlántica y no mediterránea. Carlos I fracasará en Túnez frente a los turcos y Don Juan de Austria, reinando Felipe II, los detendrá en Lepanto. Pero estas acciones hay que contemplarlas en el marco de una estrategia de contención y no de conquista o de expansión.

Con la irrupción del Islam se produce, en efecto, un fenómeno curioso. La orilla Norte parece olvidarse de que la orilla Sur es también Mediterráneo, tan Mediterráneo como la orilla Norte. En efecto, algo menos del 50% del espacio arabo-islámico se asoma al Mediterráneo. Y algo más del 60% de este espacio es árabe. Este espacio es tres veces mayor del que ocupa Europa. Lo que llamamos impropriamente "Nuestro mar" es también "Su mar". Sólo Israel romperá esta solución de continuidad el año 1948. Los árabes se asientan en el Mediterráneo en régimen de propiedad compartida, como recuerda muy ajustadamente el profesor Montávez. No son inquilinos. Un ejemplo evidente de lo fácilmente que prescindimos de la orilla Sur puede ser la Conferencia de Barcelona a la que todos llamamos, y se llama, Conferencia Euro-Mediterránea, cuando debería haberse llamado con mayor propiedad "Conferencia Euro-Árabe del Mediterráneo".

Por eso es por lo que el profesor Montávez se refiere al "Espaldismo" entre las dos riberas del Mediterráneo, a la falta de diálogo entre el Norte

y el Sur. Arabizada e islamizada la orilla Sur, son mayores las incompreensiones y los recelos. Las religiones distintas imponen una concepción del mundo y de la vida diferente. La grieta, la separación, es cada vez más profunda. Más que de relación, se puede hablar de anti-relación entre las dos riberas del Mediterráneo, como también dice el profesor Montávez. El colonialismo creará sólo puentes artificiales de diálogo al tratar de imponer un sistema sobre otro y, en definitiva, convertirá la cooperación en enfrentamiento, enfrentamiento que tendrá su prolongación en la guerra fría, en la carrera de influencias que entablan en todo el África del Norte la ex-Unión Soviética y los Estados Unidos.

No es aventurado decir, por lo tanto, que el Mediterráneo ha sido a lo largo de su historia, más que un ámbito de cooperación, un ámbito de conflicto, un espacio de enfrentamiento y de luchas de poder. Basta con citar algunos de los episodios de su azaroso pasado y también tortuoso presente. Las luchas hegemónicas entre Roma y el Imperio de los Faraones, Roma y Cartago, España y Turquía, y Turquía e Inglaterra; la colonización del Norte de África; la Primera guerra mundial y el enfrentamiento en el Oriente Próximo con el Imperio Otomano; la Segunda guerra mundial y la campaña del Norte de África, el sangriento conflicto árabe-israelí que provoca el nacimiento del Estado de Israel en 1948 y se prolonga en las guerras del 48, del 56, del 67 y del 70. La URSS y los Estados Unidos, la doctrina Truman y la VI Flota. E incluso la guerra del golfo en 1991 que tiene su prolongación en Israel.

Pero hoy mismo, sin mirar hacia atrás, el Mediterráneo sigue siendo escenario de múltiples tensiones y enfrentamientos, sin duda más numerosos y algunos más virulentos que en ninguna otra parte del mundo: el conflicto árabe-israelí todavía vivo y sangrante, el conflicto greco-turco en Chipre y el Egeo, la tragedia de Bosnia-Herzegovina o el drama de Kosovo, las diferencias entre Albania y Grecia por el norte del Epiro o entre Bulgaria y Grecia por la salida al Egeo o entre Bulgaria y Turquía por la Tracia Occidental. Y en la orilla Sur, los excesos del fundamentalismo islámico, por ejemplo en Argelia; o las tensiones entre Egipto y Libia, Libia y Túnez, o entre Túnez y Argelia, y Argelia y Marruecos; lo que prolonga los tradicionales enfrentamientos verticales Norte-Sur entre las dos orillas del Mediterráneo en otros horizontales Sur-Sur.

Curiosamente, el fin de la guerra fría ha creado una situación en la que surgen con más facilidad conflictos localizados, antes retenidos por el temor a que se desencadenara un conflicto generalizado. Aunque sea una

paradoja, la amenaza de la falta de amenaza ha resultado ser más amenaza que la amenaza misma.

Con estos antecedentes, no es tampoco exagerado decir, que el Mediterráneo ha sido y es, un escenario permanente de conflictos. Y, consecuentemente, desde una perspectiva europea y española, una frontera estratégica vulnerable. Suena hoy a pura utopía aquella idea del ministro español, Fernando Castiella, que pretendía la neutralización del Mediterráneo.

Dicho ésto, si hay un camino hacia la pacificación de un espacio estratégico vital, tanto para Europa como para España, es el de la comprensión, la cooperación y el diálogo entre los diferentes mediterráneos o subsistemas que lo forman; primero entre ellos y luego de unos con otros. Porque no nos parece que sea posible una visión global del Mediterráneo.

EL MEDITERRÁNEO, ÁMBITO DE COOPERACIÓN

Teniendo en cuenta los múltiples intereses que confluyen en el Mediterráneo y la presente conflictividad, la comunidad internacional, y más concretamente la comunidad europea, se han fijado como objetivo hacer del Mediterráneo un espacio común de paz y estabilidad. La historia no es un indicador alentador pero la superación del enfrentamiento global Este-Oeste, entre la ex-Unión Soviética y los Estados Unidos, es un factor positivo ya que permite un diálogo abierto entre los interlocutores tradicionales: la orilla Norte y la orilla Sur.

El instrumento hoy para crear un espacio común de paz y estabilidad en el Mediterráneo, para un mejor entendimiento entre las dos orillas, es el proceso iniciado en 1995 con la Conferencia de Barcelona: es decir, institucionalizar el diálogo político para garantizar la paz; desterrar viejas ideas; fomentar el diálogo entre culturas y civilizaciones; fomentar los intercambios humanos, científicos y tecnológicos; estimular el desarrollo económico; instaurar de forma progresiva una zona de libre cambio y prevenir y combatir el terrorismo. No parece haber, en efecto, otro camino. Pero no todo está hecho. Entre los 15 socios europeos y los 12 árabes, todos ribereños del Mediterráneo, no están presentes ni Libia, ni Albania, ni Yugoslavia. Y faltan también, por ejemplo, en las propuestas, de Barcelona, aspectos concretos sobre la Seguridad, lo que demuestra la dificultad para hacer desaparecer tantos años de alejamiento. Por otra parte, la institu-

cionalización del diálogo político está bloqueada, condicionada por las sucesivas crisis del proceso de paz en Oriente Medio.

Una dificultad añadida al diálogo iniciado en Barcelona de 15+12 es el de los interlocutores. Por un lado, está la Unión Europea, hoy de los 15. Y por el otro, 12 países que no negocian en bloque y con una sola voz sino con doce voces, a menudo contradictorias. Es un diálogo desigual y los 12 lo saben, lo que aumenta sus reticencias. Un paso previo, y sin duda positivo, sería establecer primero los mecanismos necesarios entre regiones para un diálogo horizontal entre los países que forman la orilla Sur con su prolongación en el Este mediterráneo y, sobre esta base, iniciar una negociación más equilibrada, cuando menos en sus aspectos formales.

Es válido a estos efectos el planteamiento de Subsistemas de Laura Feliú. Por ejemplo en la orilla Norte, la Unión Europea, no negociaría en un Quince frente a Uno sino en un Quince frente a Seis; aunque sí tuviera que hacerlo en solitario con Israel. Ahora bien ¿es ésto posible? La Unión del Magreb Árabe de los cinco —la UMA— ha sido una iniciativa en el buen camino pero paralizada, desgraciadamente, por el conflicto del Sahara, la mala relación entre Marruecos y Argelia, y el incidente Lockerbie. El diálogo 5+5 está congelado.

En efecto, el proceso de integración regional horizontal, tan necesario, avanza demasiado despacio; escasamente el 4% del comercio exterior (exportaciones más importaciones) de los países del Magreb es horizontal. Sólo el 5% de las exportaciones y el 3% de las importaciones de Marruecos es comercio regional magrebí. Y sólo el 3% de las relaciones comerciales de Argelia lo son con sus vecinos. No llega ni siquiera al 3% el comercio exterior de Egipto con los países de su zona. Y en Oriente Medio la cifra del comercio intra regional no es más del 6%.

Pero a pesar de todo, a pesar de los obstáculos y dificultades, nos parece que, en este ejercicio, en esta búsqueda de vías de entendimiento, un punto de partida que no tendría que tener marcha atrás es, sin lugar a dudas, el proceso iniciado en la Conferencia de Barcelona, y ello, insistimos, a pesar de que los plantamientos y las expectativas entre los 15 y los 12 sean, en algunos puntos, divergentes. De ahí que la Conferencia se incline, por el momento, por el llamado "stepping stone method", por la prudencia y por instaurar antes de nada una atmósfera de confianza, es decir, la comprensión y el diálogo, la ayuda al desarrollo, la cooperación y la ayuda económica a fin de estimular el crecimiento y el progreso de las sociedades civiles, y desincentivar la amenaza.

Ello no quiere decir, sin embargo, bajar la guardia y olvidar la realidad presente, No hay duda de que la seguridad se conquista siendo fuerte y que la seguridad se deteriora si se reduce la proyección militar. Los intentos de cooperación y diálogo no excluyen la adopción de medidas de seguridad en los marcos adecuados para ello como, por ejemplo, las fuerzas multinacionales conjuntas para el Mediterráneo formadas por España, Francia, Italia y Portugal —EUROFOR y EUROMARFOR— y la brigada anfibia Hispano-Italiana.

Una prolongación de este proceso de Barcelona es el Foro Mediterráneo de los Once, una iniciativa franco-egipcia en 1994 que reúne a los 5 países mediterráneos de la orilla Norte más Marruecos, Argelia y Túnez (sin Libia ni Mauritania), más Egipto, Turquía y Malta. Un foro de composición reducida e irregular pero que es hoy el único ámbito de diálogo interestatal. Sus contactos se limitan, sin embargo, a un intercambio informal de ideas entre los ministros de los países miembros.

En este ámbito de cooperación, en esta serie de iniciativas para favorecer la paz y la estabilidad en el Mediterráneo hay que mencionar el Diálogo Mediterráneo que nace en la Cumbre de la Alianza Atlántica de Bruselas en 1994 y es incluido en el marco del nuevo Concepto estratégico de la Alianza aprobado en la Cumbre de Washington de abril de 1999, lo que no hace más que demostrar la preocupación de la OTAN por el flanco Sur. El MD, abierto en principio a todos los países ribereños, está dirigido, sobre todo, a instaurar medidas de confianza y a despejar malentendidos sobre los objetivos de la Alianza. Y se construye, o bien en diálogo bilateral de 19+1, o bien en otro de 19+7 (los 4 magrebíes más Egipto, pero sin Libia, más Israel, y posteriormente con Jordania que no es país ribereño).

LA SEGURIDAD

A la vista de lo expuesto hasta ahora es evidente que la seguridad en el Mediterráneo es un tema de acuciante actualidad. Y ello, porque el Mediterráneo no ha dejado de ser una frontera estratégica vulnerable.

En la orilla Sur y en el Este mediterráneo están los nuevos Estados independientes, todos árabo-islámicos con la excepción de Israel. Las diferencias entre ellos son evidentes: ideológicas, territoriales, de fronteras y hegemónicas. Son compartimentos estancos sin relaciones o muy escasas entre ellos a pesar de las Organizaciones que los reúnen como La Liga Árabe o la Conferencia Islámica, las dos foros de debate, más

que otra cosa, para reafirmar su identidad como pueblos árabes y musulmanes.

En la orilla Norte, está la nueva Europa, la Unión Europea, con políticas comunes, una zona de libre cambio y una zona aduanera. Una Europa inmersa en un proceso de integración económica y monetaria y con un proyecto en marcha de una Política Exterior y de Seguridad Común.

El contraste es evidente y de nuevo es válida la terminología del profesor Montávez, el espaldismo, está esta vez agravado con una Alianza militar en la orilla Norte, "la Europa fortaleza", de la que forman parte todas las ex-potencias coloniales, lo que constituye un elemento más de agravio

El político y académico, Miguel Herrero de Miñón, plantea dos aproximaciones a los temas de la Seguridad en el Mediterráneo. Lo que él llama la concepción liberal y que yo creo que es, mas bien, una concepción "socio-económica" y la concepción, para él, "realista".

La primera, la concepción socio-económica, concede prioridad al diálogo, a la comprensión, al desarrollo económico, a la cooperación y a la ayuda económica: en suma, a estimular el crecimiento y el desarrollo de la sociedad civil y, como consecuencia, establecer unos principios duraderos de entendimiento. Según este razonamiento, el terrorismo, la falta de seguridad, el radicalismo tendrían su origen en la ignorancia, la miseria y la enfermedad. Si eradicamos éstas habremos desincentivado la amenaza, las migraciones masivas y los extremismos.

La segunda concepción, la "realista", parte del principio de dar prioridad a los planteamientos políticos y militares. A la amenaza se la hace frente en términos de relación de poder, en otras palabras, de poder militar.

Herrero de Miñón sugiere que la verdad puede estar en la síntesis de ambos planteamientos mediante lo que él llama "la temporalización" entre ambas. Es decir, lo correcto y lo deseable es desincentivar la amenaza por la cooperación, el desarrollo económico y, como consecuencia, la evolución de la sociedad civil. Pero este proceso no es inmediato, no ofrece resultados inmediatos. Es un proceso a muy largo plazo. Mientras tanto, este tiempo muerto debe ser cubierto en términos de poderío militar, ya que la amenaza subsiste.

Además de la relación mencionada de tensiones y conflictos localizados, existen hoy en el Mediterráneo, presentes y amenazadores, elemen-

tos de conflicto de carácter global, desafíos que exigirían un planteamiento colectivo. Son éstos principalmente:

- *La proliferación de armas de destrucción masiva; por ejemplo las no muy lejanas negociaciones de Libia y Argelia con China y Corea del Norte para adquirir misiles de alcance superior a los 1.000 kms. El almacenamiento de armas químicas y la posesión por algunos países de armas biológicas y rampas de lanzamiento de misiles con un alcance de 1.500 kms.*
- *El terrorismo, que puede golpear en Argel, en Jerusalén, en el metro de París, en el Cairo o en el mismo Nueva York. Los ejemplos son recientes y están en la mente de todos.*
- *La presión migratoria. Los índices de aumento de la población en la orilla Sur son espectaculares. En 1939, la población de toda Europa, sin la URSS, era de 403 millones de habitantes y la de Africa del Norte de 49 millones. Las previsiones de las NU para el primer cuarto de siglo son de 520 millones para Europa y de 300 para el Norte de Africa. A estos datos hay que añadir los elevados índices de analfabetismo, una elevada deuda exterior, una población joven (el 70% de los habitantes de estos países norteafricanos tiene menos de 25 años, en su gran mayoría en paro) y un diferencial de riqueza cada vez mayor (el PIB de la Unión Europea que es hoy 10 veces superior, será 20 veces superior el 2010).*
- *El radicalismo islámico. El Islam no es sólo una religión, que puede ser abierta y moderna, es una filosofía social y política. El Islam militante es una ideología política de combate que puede exportarse a la orilla Norte donde residen numerosas comunidades de musulmanes expuestas al contagio fundamentalista. El radicalismo islámico nace posiblemente y se desarrolla en estos últimos años, tal vez, como refugio de las frustraciones de todo un pueblo musulmán que se ha alejado de sus tradiciones y de su cultura, en parte por la ruptura que supuso en sus sociedades la dominación colonial. Para algunos, lo único que le queda al pueblo árabe, algo de lo que puede estar orgulloso, es su religión que es toda una concepción del mundo y de la vida. El gran dilema, de indudable trascendencia, que se plantean hoy muchos musulmanes es: modernizar el Islam o islamizar la modernidad. ¿Quién triunfará en este debate?*

Sin caer en el choque de civilizaciones de Huntington, sí es cierto que el extremismo islámico es hoy una amenaza para la civilización occidental. Pero ¡entendámonos!. El Islam no es una religión intransigente. Y la creen-

cia de una supuesta incompatibilidad entre Occidente y el Islam no ofrece más que un horizonte sombrío sin solución alguna y sólo sirve para alentar el juego y propósitos de los islamistas radicales. El fundamentalismo, la marea islámica, que llega hasta las islas de Filipinas, se perfila, en efecto, como una amenaza para Occidente. Pero el problema no se resolverá por la confrontación.

ESPAÑA Y LA SEGURIDAD EN EL MEDITERRÁNEO

España ha sido siempre un actor de primera línea en las aventuras mediterráneas. Por ello, para España, la seguridad en el Mediterráneo es hoy, como siempre, una prioridad estratégica.

Si España tiene hoy un flanco o una frontera vulnerable es la frontera Sur. Nos separan de la costa africana 14 kms. y estamos expuestos a sufrir la oleada inmigratoria más que ningún otro Estado europeo porque somos vía de paso, no sólo para el Magreb sino también para el continente africano con problemas parecidos o mayores que los del África del Norte. No hay que menospreciar tampoco la potencialidad conflictiva que puede desatar en un momento determinado el islamismo extremista.

Por otra parte, son excelentes las relaciones de España con Marruecos en lo que constituye hoy, por múltiples razones, una de las prioridades de la política exterior española. En el marco de estas relaciones, hay que evitar que Ceuta y Melilla, se conviertan en un factor de conflictividad en el estrecho. Al ser cada vez más fluidos y más numerosos nuestros contactos de todo orden con Marruecos, y a medida que se desarrolla la economía marroquí y son más intensos nuestros intercambios comerciales y flujos financieros, todo indica que Ceuta y Melilla pueden, deben ser, una vía de comunicación privilegiada y un factor de entendimiento entre dos pueblos vecinos. Pero tampoco se puede ignorar que, por muy buenas que sean nuestras relaciones con el Reino Alauita, nadie ha escrito el futuro y no se pueden prever los caminos de la historia. Lo que España y Marruecos están obligados a hacer es conseguir que esos caminos imprevisibles de la historia lo sean menos, e impedir que se rompan o deterioren la amistad y la colaboración que son hoy un ejemplo de las relaciones Norte-Sur entre las dos orillas del Mediterráneo.

Distinto es el problema de Gibraltar que ha sido siempre un factor de conflictividad en nuestras relaciones con el Reino Unido y lo es hoy, incluso, con las que mantenemos con la Unión Europea. Distinto, decimos,

entre otras cosas, porque Ceuta y Melilla son y han sido siempre ciudades españolas en un entorno marroquí, y Gibraltar es una ciudad española en territorio español y sometida al régimen colonial británico.

Esta conflictividad, o más bien este elemento perturbador, podría transformarse en un factor estratégico de estabilidad sobre la base de un Acuerdo para la Seguridad del Estrecho de Gibraltar, acuerdo no imposible, que incluyera una fórmula válida para resolver el contencioso bilateral entre España y el Reino Unido. No parece imposible, en efecto, un acuerdo de soberanía compartida, territorial y personal, que diera satisfacción, por una parte, a la reivindicación territorial de España y, por otra, al "status" de la población, subrayando, eso sí, que la soberanía compartida sólo lo sería durante un período transitorio para su retrocesión final a España en virtud de las disposiciones del Tratado de Utrecht y de la doctrina sobre descolonización de las Naciones Unidas.

Nada impide, además, sino todo lo contrario, que a este Acuerdo de Seguridad en el Estrecho se adhiriera Marruecos.

UNA CONSIDERACIÓN FINAL

Dejo ya la palabra escrita a mis colaboradores para analizar éstos y otros problemas en el marco de nuestro propósito que es, especialmente, ofrecer una perspectiva, una visión de futuro, de lo que es posible sobre la base de datos objetivos y previsiones razonables para conseguir que el Mediterráneo sea un espacio de paz y estabilidad. A mi juicio, el camino es largo y tortuoso, la historia no es un precedente esperanzador.

El instrumento en nuestras manos, el que ofrece mayores perspectivas y posibilidades de desarrollo es la Conferencia de Barcelona. El llamado Foro Mediterráneo es un diálogo de segundo nivel, complemento del proceso de Barcelona. Y el Diálogo Mediterráneo, en el marco de la Alianza Atlántica, es también una prolongación, en otro escenario, de la Conferencia de Barcelona. Hay otros diálogos mediterráneos, válidos siempre que sean complementarios del proceso de Barcelona, por ejemplo el establecido en el seno de la OSCE con el llamado grupo de los Países Mediterráneos Socios para la Cooperación (PMSC). Pero conviene evitar, en cualquier caso, que las iniciativas proliferen y se llegue a lo que alguien ha llamado "cansancio del diálogo".

Lo que hay que preguntarse es si Barcelona es suficiente, si podrán vencerse los tradicionales recelos entre las dos orillas, si del conflicto se puede llegar a la cooperación, si somos capaces de crear los mecanismos necesarios para del enfrentamiento llegar al entendimiento aunque sea construido sobre la base de la diversidad, si es viable una integración regional que haga el diálogo más equilibrado. Si es posible, en suma, un diálogo basado en la confianza y en la resolución en común de problemas que nos afectan a todos y, entre ellos, la Seguridad.

Los desafíos y los obstáculos no faltan, pero el objetivo de romper el espaldismo, de crear en el espacio mediterráneo una zona de libre comercio para el año 2010 que traiga consigo una zona de prosperidad para 700 millones de habitantes, es merecedora de todos los esfuerzos.

Este será, en principio, uno de los objetivos que se propone el trabajo que se expone a continuación y del que estas líneas no son más que una reflexión que pretende situar el tema en su contexto y evolución históricos.

Un diplomático y poeta libanés, Salah Stétié, decía que el Mediterráneo no era un mar feliz, que era un mar azul. Y que el azul, según los médicos era un síntoma precursor de la muerte.

Pero André Gide afirmaba que el mundo sería salvado por algunos... Esperemos que nuestro Mediterráneo, el de todos, lo sea también.

EL COORDINADOR DEL GRUPO DE TRABAJO